

DESCONOCER Y NADA MÁS de David Conde Vitalla

«Solo recordamos lo que nunca sucedió».

Carlos Ruiz Zafón

Desconocer y nada más.

Te pregunté, rodeados de libros, por qué la tristeza de las mariposas puede conocerse en cada aleteo, tan solo para poder mirarte a los ojos. En tu búsqueda de términos, mientras mi mirada iba saciando sus remotos anhelos, rozamos nuestras manos. Un efímero recorrido de mis dedos, un irrefrenable deseo que mantuve amordazado. A pesar de ello, no sé si te percaste del brillo repentino de mi voz. La indiferencia parecía cubrir estos niños gestos de enamorado con su velo, así que tuve que volver a poner en marcha un reloj que había detenido para recrearme en tu sombra.

Desconocer y nada más.

La tristeza de las mariposas, dicen, puede conocerse en cada aleteo. Y, sin embargo, aún no he aprendido a apreciarla, no he aprendido a mirar con otros ojos.

No obtuve respuesta a mi inocente demanda, ni otra mirada, ni otra caricia. Han tenido que pasar tres noches –siempre la noche– para poder resolver la única cuestión que mantenía en vela mi alma peregrina. Escucha, atenta, la desoída causa de una tristeza con tintes alados:

La vida de las mariposas está condicionada desde su origen por fuerzas que van más allá de su naturaleza. Y es en la fase donde la oruga ya crecida se envuelve en su crisálida cuando se inicia el juego de espejos que las convierte en las melancólicas del aire.

A millones de kilómetros –a veces menos, a veces más–, con la certeza de muchas de ellas y la inseguridad de otras tantas, en una fracción de este universo, las estrellas nacen, se desarrollan y mueren. Un ciclo que se repite en toda realidad que conocemos.

En ese devenir del cosmos, las estrellas, con sus movimientos, van liberando una energía que afecta a todo lo existente y hay quien denominó estos efectos como la música de dios. Mas siento comunicar que no hay intervención divina en ello. La realidad, como todo, puede resultar más amarga.

Las estrellas, en esos eternos lapsos que repiten, lanzan desesperadas un grito de auxilio a cada rincón del espacio, por si, en algún lugar de este, alguien pudiese socorrerlas. La esencia de esa fuerza no es más que un código cifrado, un lenguaje que busca el amparo de los que no tienen voz. Y es que, en la oscuridad del abandono, la soledad hiere siempre con firmeza.

De este modo, desde lo lejano e irreconocible, el lamento estelar llega a La Tierra. Perceptible tan solo por aquellos que saben escuchar, por quienes se ofrecen desinteresadamente, el único ser de nuestra naturaleza sensible al ruego es la mariposa.

En su etapa de crisálida, en el aislamiento que conlleva toda evolución, la mariposa distingue, entre el fragor del mundo, el desaliento de los astros.

Una vez que dejan tras de sí su coraza terrenal, las mariposas extienden sus alas e inician un ascenso por el horizonte, conscientes de la soledad de las estrellas. Sin embargo, la delicadeza de sus cuerpos no les permite alcanzar la altura deseada y comienza una errante

travesía de flor en flor, de rama en río, de anhelo en desengaño. Se dan cuenta de la imposibilidad de su vuelo más allá del cielo. Es ahí, en ese preciso momento, cuando la verdad se revela: nunca podrán atravesar los límites que las separan de aquellas frías voces. Es ahí, en ese preciso momento, cuando surge la tristeza.

En cada aleteo, dicen, puede conocerse la tristeza de las mariposas. Cuando descubren que no podrán aliviar la soledad de las estrellas, sus revoloteos se vuelven vagabundos, se tiñen de silencio, nace de ellos el dolor. Hasta el día de su muerte, sufrirán por aquellas que reclaman afecto.

La tristeza de las mariposas, dicen, puede conocerse en cada aleteo, si prestas la debida atención.

Desconocer y nada más.

Dejo la ventana abierta para poder mirar el oscuro cielo, para que los sueños escapen fácilmente y sentir la brisa del olvido rozándome la piel, para que cada lágrima se enfríe en su caída y retenga entre sus paredes la nostalgia con la que se crea la noche.

Y es ahora, tres noches más tarde –siempre la noche–, cuando observo, a lo lejos, como una crisálida se abre y su mariposa contenida despliega sus alas. Sus primeros aleteos están llenos de intenciones...

Las melancólicas del aire sobrevuelan nuestra naturaleza, las contemplamos, señalamos su belleza, poetizamos su imagen. No obstante, olvidamos la carga que transportan, porque la realidad, como todo, puede resultar más amarga, porque la soledad hiere siempre con firmeza y porque la tristeza... la tristeza hay que aprender a mirarla con otros ojos.

Desconocer y nada más.

